

## *Esteticismo y moralismo como desmesura\**

Fernando Rodríguez

Si en el principio fue la palabra, ¿qué ocurrió después? ¿De quién es el terreno donde habita? ¿Qué deviene de ella: sentido de experiencia o experiencia de sentido? La filosofía se engendró en origen dentro del seno de un marco agonal donde rivalizaban el imperio del Mito y de la Poesía y el ámbito del Logos incipiente, el cual demandaba un espacio autónomo donde poder crecer. Los ecos de aquella pugna resuenan en los foros o lugares de encuentro donde se cruzan. La voz evocadora como fuerza de declamación y seducción, el encanto del verso fluido, no han cedido gustosamente su influjo al discurso racional, a la palabra argumentada, garantías de contenido objetivo. El lenguaje se convierte así en el campo de maniobras donde filosofía, gramática y retórica dirimen sus diferencias y exhiben sus competencias. Sofistas, Sócrates y Platón ya afilaron sus razones para delimitar el perfil del contencioso y el carácter de su posterior evolución: el discurso como hablar bien (en cuanto técnica de persuasión) o como hablar del bien (en cuanto instrumento de verdad), es

\* Carlos Pereda, *Sueños de vagabundos. Un ensayo sobre filosofía, moral y literatura*, Madrid, Visor, 215 pp.

La balsa de la Medusa, 48, 1998.

decir, entender el lenguaje como un valor en sí mismo, sin referentes ni criterios externos acerca de su significado y su validez, o como teoría pura de razones formadoras y abarcadoras de totalidad sin mácula. En el primer supuesto, el filósofo entendido como constructor de experiencia queda excluido; en el segundo, los poetas deben ser expulsados de la ciudad. ¿No queda más opción?

En otro frente de debate, la literatura es erigida con fachada de institución y encumbrada con el fin de colonizar toda manifestación de la palabra, muy sublime, tal vez, pero amenazadora de la comunicación y del juicio estético, y, lo que todavía es más grave, también del juicio moral. Realidad y ficción se repliegan en una línea de sombra donde vida y representación se solapan. Efecto: la literatura se degrada y se arruina en radiación de moralina y la filosofía se humilla al verse reducida a cumplir el papel de emisora de mensajes, sin *fundamento* pero con mucha enjundia. Decepcionante perspectiva.

Cuando triunfa el «totalismo» y la incapacidad para reconocer la autonomía de las esferas de saber hacia sus dominios, instituciones, valores, textos y lecturas, un horizonte avasallador se cierne sobre ella, sellado por los estigmas de la desmesura e incapacitado para emitir juicios susceptibles de poder elegir y discriminar entre lo razonable y el simple desatino. Carlos Pereda, profesor de la Universidad Nacional Autónoma de México y miembro de su Instituto de Investigaciones Filosóficas, en su ensayo *Sueños de vagabundos* señala y califica a los máximos responsables de estas impos-

turas, de los excesos del verbo y del entendimiento, asignándoles un nombre propio: esteticismo y moralismo.

El primer ejemplar lo identifica de esta forma: «El juicio que irrumpe cuando se predica «esteticismo», «esteticista» hace referencia a la tendencia sectaria a creer, desear, sentir, evaluar o actuar con el arte con una complacencia desproporcionada» (p. 19). El esteticismo, del mismo modo que el resto de las «palabras-ismo», es expresión de desmesura. No frena la furia que homogeneiza y homologa ni modera sus aires de grandeza ni sus ínfulas de conquista de otras esferas, sino que funde y confunde al mismo tiempo en su penetración y superposición de discursos, al manifestarse como actitud vital (Oscar Wilde), como programa doctrinario (Schelling) o como proyecto retórico (de Man, Derrida y la deconstrucción). En todos los casos, planea una ruta de desventura que Pereda ve concentrada en esta prevención escrita por Augusto Monterroso: «La vida no es un ensayo, aunque tratemos muchas cosas; no es un cuento, aunque inventemos muchas cosas; no es un poema, aunque soñemos muchas veces». Breve y sabia plática, tan razonable y tan desatendida... El «aunque» de Monterroso actúa como eje para construir el recorrido del ensayo por medio de argumentos, pruebas y testimonios que le confieren convicción, sensatez y medida. Este recurso ayuda a mostrar la viabilidad de la mediación, el buen juicio y la familiaridad hacia la complejidad y la perplejidad como formas de interpretación de texto y vida (sin mezclarlos), opuestas

al arrebatado de la desmesura que todo lo arrasa con su uniformidad («más de lo mismo»). Una manifestación paradigmática de dicho descomedimiento se aprecia en el anhelo «esteticista» de la literatura por invadir y ocupar (ocuparse de) la filosofía: la comunicación, entonces, se eclipsa ante la exhibición de palabras y el ruido se introduce hasta el punto que «obstaculiza la tarea de «desenredar nudos» del pensamiento» (p. 38). ¿Qué es la desmesura?: el desconocimiento del límite del sentido y la ceguera ante el sentido del límite.

Ante esta deriva, el libro de Carlos Pereda lanza un aviso para navegantes y vagabundos («la imagen del vagabundo, del modo nómada de existir, conviene a los humanos», p. 185), una advertencia a todos aquellos que crean sueños que se tornan pesadillas, expresada mediante una prudente máxima antisectaria: «No olvides que cualquier tipo de querencia posee un techo, un límite: más allá de él habita la aridez o la locura; en ambos casos, poco a poco o de súbito, comienza el sinsentido». En primera línea de este *más allá* se sitúan las llamadas «novelas filosóficas» y demás artificios estéticos, cuyo empeño por traspasar su propio escenario de imaginación y sentimiento, conduce a una generalización de experiencia que finalmente sólo queda en «vértigo argumental», fetiche y máscara de la realidad. En segunda línea, flotan el sueño de Alonso Quijano de convertirse en su personaje, Don Quijote, y la desmesura subsiguiente fundada por el moralismo, el «quijotismo», tal si fueran mundos vividos y gérmenes de

experiencia, cuando, como sabemos, son nada más (y nada menos) que «marea textual», textos itinerantes en vez de textos vivos.

¿A qué jugamos cuando pensamos y escribimos? El esteticismo se vale de la seducción como arma de sugestión, canto de sirena que hace peligrar la travesía de la reflexión y de la crítica, y el moralismo eleva la voz hacia las alturas y en su salida de tono se vuelve sermón y sospechosa prédica, admonición, propaganda. ¿Se trata de un juego? ¿Juegos de lenguaje? Repárese en el precio a pagar: sacrificar la comunicación. ¿Se trata de tomarse demasiado en serio la «lectura itinerante» de la literatura y demasiado a broma las lecturas «argu-

mentadas» de la filosofía? No olvidarse de recoger el cambio: perder el juicio y su capacidad. Juegos hay, en fin, más gráciles que nos divierten —si de juego y diversión se trata—. Carlos Pereda evoca en momentos puntuales una conocida canción, coreada en juegos infantiles e inocentes, la cual sin ánimo de ilustrar cuentos ni verter moralejas, llena de luminosidad el irónico y amable trayecto del ensayo que reseñamos. Es muy conocida. ¿Por qué olvidarla?:

Antón, Antón, Antón Pirulero,  
cada cual, cada cual,  
que atienda su juego  
y quien no lo atienda  
pagará, pagará una prenda.